

He sido un ciego

Fernando Torre, msps.

Hace más de ocho años, una persona me envió un correo en el que me contaba sus incoherencias y caídas, y me pedía: «cuando ores, dile a Dios que no soy malo, sencillamente he sido un ciego». ¡Qué cierto! Hacemos el mal, sí; pero más que por maldad, lo hacemos por ceguera.

Lo que principalmente motiva –debería motivar– nuestra conducta, no es la raíz de pecado que todos llevamos en el corazón, sino el deseo de hacer bien. A pesar de esto, muchas veces, sin pretenderlo, herimos a los demás, nos dañamos a nosotros mismos y le causamos un sufrimiento a Dios. ¿Por qué? Por nuestra ceguera y tontera. «Obré por ignorancia», decía San Pablo, al recordar la época en que perseguía a los cristianos (1Tm 1,13).

Somos ciegos cuando actuamos de manera distraída, precipitada, imprudente; cuando minimizamos el poder de nuestra capacidad (auto)destructiva; cuando estamos tan centrados en nosotros mismos que somos incapaces de ver las necesidades de los demás; cuando buscamos una gratificación inmediata, sin reparar en las consecuencias de nuestros actos; cuando nos dejamos llevar por los celos, la envidia, la vanidad; cuando nos hemos encadenado a los vicios y adicciones; cuando nos vemos arrollados por la ira, el odio, la lujuria, la avaricia, la sed de venganza; cuando somos incapaces distinguir entre el bien y el mal.

Hacer el mal por ceguera, nos exime de culpa: «Si ustedes fueran ciegos, no tendrían pecado», dijo Jesús (Jn 9,41); pero, no por eso, el mal que hacemos deja de herir a los demás, de dañarnos a nosotros mismos y de hacer sufrir a Dios. ¡Basta! *Dejemos de hacer el mal* (Is 1,16).

Si hasta hoy hemos actuado ciegamente, pidámosle con fe e insistencia a Jesús, como el ciego de Jericó: «Maestro, ¡que vea!» (Mc 10,51).

Y habiendo recobrado la vista, *hagamos el bien* (Is 1,17).